á las cosas inanimadas como los dados y los naipes, siempre se dirigen como objeto á la diversion.

Unos son públicos, por celebrarse en los Anfiteatros en el concurso del pueblo, de los cuales usaban los paganos en sus solemnidades; y otros privados, que se practican en las casas particulares. Los primeros por sí mismos y sin otro agregado que los vicie, son inocentes. El daño consiste en los segundos, especialmente en la baraja, que para diversion de Carlos VI, Rey de Francia, inventó Nicolás Pepino, por lo que se observó mucho tiempo poner en una de las cartas las iniciales de su nombre y apellido N. y P., de donde se llamó *Naype*, invento que ha hecho más estragos en la paz, queel de la pólvora en la guerra.

Estos mismos del segundo género, se dividen en juegos de suerte, y azar, en que solo deciden la fortuna y el acaso, como los dados y albures; juegos de industria como el de damas y ajedrez; y mixtos uno de otro, como pretera; malilla, y los demás de baraja, que llaman carteados. No interviniendo apuesta, ningunos son nocivos, pero si esta media, son prohibidos y dañosos los primeros, permitidos los segundos, y tolerados los terceros, con tal que no sean de envite, ni los

extrague un excesivo interés, porque en este caso, así ellos como los segundos y primeros son perjudicialas á la república, y dañan á los particulares.

REFLEXION III.

De los perjuicios que trae el juego á la república y primeramente de la oposicion á la sociedad y trato civil.

La república es un conjunto de hombres que forman un cuerpo político para ayudarse mútuamente á pasar la vida con descanso. Son, pues, los individuos los miembros de cuya union resulta el todo de la república. El fin y necesidad de esta union, son sus propios destinos y tareas: porque si no hubiera la distincion de diversas profesiones, y cada uno no contara sino consigo solo, ¿cómo podria cultivar la tierra para proporcionarse sustento, fabricar su morada, beneficiar y tejer las telas para cubrir sus carnes, formar-

se sus vestidos y calzados, condimentar su alimento, defender sus posesiones, y ejercitar tantas otras operaciones indispensables para subsistir, y para las cuales, aun dado el imposible de que paseyese la pericia suficiente, le faltarian el tiempo y las fuerzas? Finalmente, el vínculo que los enlaza y el alma toda de su union es la sociedad.

Cualquiera máquina se desconcierta por el desarreglo de un solo resorte: ¿pues qué trastorno, qué perjuicios no resentirá la república por el juego, que la hiere en todas sus partes? El rompe las ligas de la sociedad, destruye el fin de su union, corrompe y quita á la república sus miembros. Tres reflexiones que demandan tratarse cada una de por sí, y por lo mismo en la presente solo hablaré de la primera, dejando para las siguientes las dos posteriores.

¿Y quién podrá dudar que este vicio se opone á la sociedad y trato civil, con solo que alguna vez haya visto una mesa de juego? La rodea un cerco de hombres de los que solo los inmediatos logran asiento con incomodidad, estando los demás en pié, apiñándose unos con otros y alargando los pescuezos, la cuadra se llena en breve de las cálidas exhalaciones de los cuerpos y de las contínuas humaredas de los que fuman:

un profundo silencio y una atencion suma ocupa á los circunstantes: se esparce por los semblantes una melancólica severidad que dá indicio de la afliccion y violencia que agita los espíritus: se suspenden las mociones y afectos de las demas pasiones: todos están pendientes de la suerte, que es la Deidad que preside la asamblea, y decide despóticamente de las fortunas y desgracias: un carton, una figurilla ridícula que el acaso colocó sobre otras despues de haber tenido pálidos los rostros en su expectacion, al descubrirse alegra á unos, de que suelen dar señales en sus risadas y jactancias, á otros los deja mústios y fruncidos, obliga á otros á morderse un labio, ó á agarrarse la cabeza: aquel ánimo fogoso, que no puede sufrir el azar, prorumpe en voces descompuestas, quien dá una fuerte palmada en la mesa, ó en su frente, y tal vez estruja, rompe y hace ademan de comerse las cartas.

Estos lances, ya prósperos, ya adversos, sucediéndose incesantemente el silencio y la algazara, alternan de unos á otros, circulando por todos el dinero, que tan presto los enriquece, como los empobrece, volviéndolos á enriquecer y empobrecer, porque el Dios que adoran, parece juega con ellos y se complace de burlarlos,

¡Qué horrorosa pintura! pues no es más que la superficie, la corteza, y como la primer cortina que he levantado para descubrir el mal que encierran los jugadores.

El espíritu que los congrega y reina en ellos, es la codicia. Luego que el juego llega á ser excesivo pasa de pasion á furor que trasforma á los hombres, volviéndolos sordos é insensibles aun á los gritos y sentimientos de la naturaleza. No reconocen en sus asambleas, ni obligaciones, ni dignidades, ni respetos. Solo se aprecia al que trae dinero, sea quien fuere, y se desatiende al más condecorado, si viene sin él. El que gana irrita, y causa alegria el mal del prójimo en sus pérdidas. Los vínculos, las amistades, los parentescos, son voces vacías que no tienen significado en el juego: los mismos hermanos, los padres y los hijos se tiran mútuamente, porque allí son todos enemigos, y no se atiende sino al dinero.

De allí es que se forjen tantas sátiras picantes contra quien gana, atribuyéndole más cantidad de la que le dió la suerte: que se fragüen tantas mentiras para engañar al que presta, y no pagar al que se le debe, aumentando las pérdidas y disminuyendo las ganancias: que se murmure al ciudadano honrado y sensato que no sigue la

misma profesion, porque no viene á tributar sus monedas: que se enciendan tantas disputas y porfias que dividen las voluntades: que se originen tantas discordias, riñas y desafios hasta llegar á las manos y causar muertes y alborotos: que nazcan unas enemistades tan sangrientas que duran toda la vida y pasan á los herederos para muchas generaciones: de allí es, en fin, que el marido desatienda á su mujer, el padre no se dedique á la educacion de sus hijos, ni nadie cuide de su familia.

Díganlo tantos matrimonios que por el vicio del juego se han descompuesto, tantas niñas mal casadas, tantas doncellas prostituidas, tantas desnudeses, hambres y miserias que muchos sufren por este principio, tantas casas reducidas de la opulencia á la pobreza, tantas familias degradadas de su nobleza y confundidas con la plebe, tantas quiebras, descubiertos, embargos, perjuicios y litigios,

Pero; ¡que mucho, si un jugador de oficio nada tiene de humano sino la apariencia! segun la célebre sentencia de Madama Houlieres (1). ¿Ni qué otra cosa puede esperarse, si no desastres,

---

(1) Féijó tom. 2. cart. 7. núm. 5.

de un congreso que anima la pasion vilísima del interés? Por esta razon dijo muy bien Feijó (1), que el jugar grueso, solo se deberia permitir entre naciones enemigas en tiempo de guerra, como es permitido entónces el recíproco pillaje; porque ¿qué diferencia hay en la sustancia entre uno y otro?

Y una profesion de esta clase, unos hombres de tal calibre ¿no destruyen el trato civil, que debe dirigirse por la caridad al provecho de nuestros semejantes enlazando íntimamente á los unos con los otros? Habrá quien no lo conozca á vista de tantas escenas trágicas como frecuentemente nos presenta? Yo me imagino las casas de juego, como un campo de batalla, y al juego mismo como la guerra más sangrienta que se hace á la república, cuya imágen me la represento lánguida y desfallecida, mirando con dolor rotos los más estrechos vínculos de la sociedad, divididos los ánimos con las disensiones; perturbada su quietud é introducidas las desdichas: golpes todos que la aproximan á cada paso á los bordes de su ruina.

---

(1) Allí mismo núm. 6.

REFLEXION IV.

El juego destruye el fin por qué se unieron los hombres en cuerpo político.

¡Qué hermoso cuadro aquel en que me represento á todos los hombres puestos en movimiento para mi utilidad y para recompensarme las fatigas de mi profesion! Por una parte veo los sudores del labrador, por otra las maniobras del artesano, aquí las faenas del navegante para el fomento del comercio, allí los trabajos del soldado, más allá las tareas de los sabios, hácia aquella parte los desvelos del Monarca, más arriba las sagradas ocupaciones del sacerdote, y todo dirigido á auxiliarse mútuamente los unos á los otros. Este es el fin de haberse asociado en un cuerpo de república. Así imitan, no solo á la naturaleza, en la que no cesan sus partes de sus ejercicios, fructificando las plantas,

obrando los elementos, y volteando con perpetuos giros los planetas al rededor de la tierra, sino tambien á la congregacion de la Iglesia, cuyos miembros participan los unos de los bienes de los otros; pero esta utilidad, para cuya recomendacion no tiene suficientes voces la elocuencia, se menoscaba y destruye por el juego.

Los que miserablemente se emplean en él, dan de mano á los ejercicios de su profesion. Ninguna cosa más que el juego embelesa al hombre que se ha enviciado en él. Es un atractivo que lo arrastra, un hechizo que lo encanta haciéndole pasar insensiblemente no solo las horas, sino los dias, las semanas y los meses. Un tahur en nada piensa, de nada se acuerda, y ni para comer y dormir tiene tiempo suficiente. ¿Cuál, pues, le queda para ejercitar las funciones de su oficio?

Pero demos que su vicio le deje vacías algunas horas. Entónces le falta forzosamente la gana de trabajar, porque se apodera de él cierta clase de flojedad, que no puede repeler sin demasiada violencia. ¿A quién no se hace duro pararse de la mesa de la diversion, ó levantarse de un lijero reposo á que ha precedido una noche de vigilia para emprender cualquiera especie de tarea? A la naturaleza más que á la razon

debemos preguntarlo, y ningunos serán mejores res testigos de esta verdad, que los jugadores mismos.

Cuando han salido de una tormenta, nombre que ellos dan á un dia ó temporada empleada en jugar, experimentan lasitud en sus miembros, languidez en sus partes, y todas sus fuerzas desflaquecidas. La causa física de este efecto, es la continua agitacion y congoja del juego que disipa los espíritus vitales, tan necesarios para entonar el cuerpo y habilitarlo para el trabajo. Y si en esto mismo consiste el cansancio que nos originan las tareas inutilizándonos para su prosecucion ¿cómo podrán dedicarse á ellas los sahures, que se hallan siempre en igual disposicion, porque se suceden unas á otras sus tormentas, ó por mejor decir es una tormenta continuada su vida toda.

Y aun cuando les sobrase el tiempo, les asistiesen ganas y tuviesen sobradas fuerzas para trabajar, nada habian avanzado: aun les restaba tranquilidad de espíritu, sin la que es imposible desempeñar las ocupaciones serias. Esto es lo primero que pierden en el juego, y lo último que restauran, si acaso llegan á lograrlo, porque los alteran igualmente las pérdidas y las ganancias. Un ánimo inquieto y alborotado, no puede apli-

car toda su atencion á los objetos á que se dedica. De aquí resulta que no los emprenda, ó los ejecute con imperfeccion, ó á lo menos no adelante llevándolos al colmo que tal vez prometian sus talentos y esperaba la república. Por eso el Baron de Bielfeld llama á los juegos de azar, distracciones perniciosas para el progreso de la industria (1).

La sociedad se interesa en que todos sus miembros ejerciten con la exactitud posible sus particulares destinos. Es como una cítara armoniosa, á quien una sola cuerda destemplada la desentona. Qué disonancia entre los ciudadanos laboriosos, y los jugadores que no trabajan! Ellos comen, visten, calzan, viven bajo techo, y disfrutan las tareas de los demás hombres, sin contribuir con las suyas á la sociedad de que son partes. Miéntras el pobre aldeano, á cielo raso y expuesto á las inclemencias de los tiempos, les proporciona con qué sustentarse, ellos reposan bajo la sombra de las casas de juego, libres del sol y del aire: mientras el jornalero en todo un dia con el sudor de su rostro gana un corto estipendio, ellos en pocos momentos pierden cre-

(1) Institus. política tomo 1.º cap. 7. par. 19.

cidas cantidades: mientras los artesanos les fabrican sus vestidos y adornos, ellos deboran caudales enteros: y mientras el resto de la república se dedica al trabajo, para que todos fuimos criados, como decia Cleanthes (1) y conocieron aun los gentiles mismos, ellos se entregan al ocio y la diversion.

Para corregir y evitar una disonancia, que tanto repugna á la razon hasta los juegos lícitos y permitidos prohibieron nuestras leyes (2) en los dias de trabajo á los Artesanos y oficiales, comprendiendo bajo este nombre, no solo á los mecánicos sino tambien á cualquiera otros, como labradores, soldados y escribanos (3). Y á la verdad con sobrada razon, porque si un solo dia en cada semana que habian hecho costumbre no trabajar algunos artesanos, lo que ellos llaman guardar el lúnes, se ha tenido por un abuso intolerable contra el que declamó vivemente Campomanes (4), ¿con qué horror no deberá mirarse disipar en el juego la semana entera?

(1) Apud Laextiom lib. 7 cap, 11.

(2) Ley 13 tit. 8. Rec. de Cast. y Campomanes quiere que ni ver toros se deje el dia de trabajo. Dice sobre la educacion popular de los Artasanos pár. 3.

(3) Bobad. lib. 2. cap. 13 núm. 16 de su Polít.

(4) Campom; en el lug. citado.

Ni se diga que esto no acarrea á la sociedad tran grande perjuicio como se ponderа, porque son muy pocos los jugadores, respeto de la numerosa multitud de los individuos de una república. ¡Ojalá que así fuese verdaderamente! Un solo tahur que no pasa sino del juego, es una polilla de la comunidad; por que si un holgazan que se dá á mendigar se ha visto siempre por los políticos y estadistas como una peste que consume la sustancia de los vecinos laboriosos por aquellos pocos medios que junta de limosna, ¿cuánto mas deberá recaer este juicio sobre el jugador que no solo se mantiene sin trabajar, sino que se mantiene con decencia y disipa gruesas cantidades? ¡Ojalá, repito, fuese corto su número! Podia darse por bien empleado hasta el sus tentarlos de los fondos públicos, con tal que no contagiasen al resto del vecindario; pero el mal consiste en que uno solo basta á inficionar un pueblo entero, y que en realidad son muchos y es efectivo el perjuicio que causan á la república.

De uno y otro, de lo primero y lo segundo, tenemos sobradas pruebas. Lo es de lo primero, el que para todo vicio se busca socio; pero principalmente para el juego, que no puede verificarse sin muchos compañeros ¿Por qué tantos hom-

bres de luces, de una razon despejada, que han hecho serias reflexiones sobre el juego, caen con todo enél si no por el contagio de sus profesores? Los precipita el contemporizar con personas de respeto, el obsequiar á un huésped, que no gusta de otra cosa, las importunas instancias y mal ejemplo de los amigos, y sobre todo los lazos que les ponen los tahures, ya disponiendo un paseo, ya combidándolos á un almuerzo, y ya comenzando por un juego lícito, que no es sino preámbulo del prohibido a que lo hacen declinar. A poca repeticion de estos actos, como la diversion tiene en sí misma su aliciente, se engendra el hábito, y se arraiga el vicio. Entonces se ofuscan las luces, y desaparecen las reflexiones, porque arrimar la barriga á la mesa, es echar á volar el entendimiento.

De lo segundo tenemos un claro testimonio en nuestra propia experiencia, que por una parte nos presenta implicado en esta profesion, con la distincion de un poco más ó ménos á medio mundo, y por otra nos pone delante de los ojos los daños que resiente la sociedad. ¿De que otro orígen, si no del juego, provinen las quejas de los maestros de las artes sobre las faltas que les hacen sus oficiales? ¿De dónde el que no encontremos muchas veces artesanos que nos traba-

jen nuestros menesteres, que cuando se hallan no entreguen las obras en los dias emplazados, ni aun mucho despues, extraviando en ocasiones el material que se les ministra, que los abogados y demás ministros de justicia demoren los juicios con notable daño de las partes: que haya en las ciudades y los pueblos, tantos vagamundos que no tienen oficio alguno: que muchos de los emplados en los destinos públicos, no los sirvan con la eficacia que demandan: que entre los que gobiernan se encuentren algunos que desatienden sus obligaciones, y no velan sobre la conducta de sus súbditos, y que tal vez no deje de haber entre los sacerdotes quien no llene exactamente su ministerio. Bien, que así de estos, como de los anteriores inmediatos, no hablo sino como de un caso raro que no doy por hecho, sino que únicamente juzgo posible se origine del juego. No permita el Señor que yo hable de otra manera de los jueces, á quienes asiste especialmente, ni menos me atreva á juzgar, como dice San Gerónimo, á quellos cuya boca tiene virtud de producir el cuerpo de Jesucristo (1).

(1) Absit á meut de hiis, qui apostolico gradui succedentes cristi corpus sacro ore conficiont. Burdan tom. de Mist de crist. sem 1.° de pasn. parte 2.

REFLEXION V.

El juego corrompe y quita á la república sus miembros,

La riqueza de un soberano, aun más que en la extension de sus dominios, consiste en el número de sus vasallos. La opulencia de un estado más depende de la industria de sus habitantes, que de la fertilidad de su terreno. La muchedumbre, pues, y la industria de los vecinos, pero ésta, más que aquella, hacen feliz la poblacion. Holanda, siendo, segun los cálculos de Ubart (1), sesenta veces menor que España en el terreno, y como uno y medio respecto de ocho en el número de su gente, rinde con todo en rentas veinte veces más que ella.

(1) Proyecto econom, discur. prelimin.